

### **Concurso de relato corto “Una mujer en mi vida científica”**

Fueron las palabras de una mujer de letras acerca de una mujer de ciencias.

Como cada año, mi padre y yo recibíamos el mes de mayo enfilando el Paseo de Coches del Parque de El Retiro, escenario de la Feria del Libro. Recuerdo mi paso acelerado, ansioso por llegar. La gente revoloteando alrededor de las casetas. La mano de mi padre aferrando la mía. Aquella primavera, yo debía tener unos 9 o 10 años.

Podía elegir cuatro libros. Paseaba la mirada por los expositores, y dejaba que mi instinto de lectora empedernida me condujera hacia los escogidos. Sonreía y daba las gracias, y rápidamente los guardaba en mi mochila, deseosa de llegar a casa y sumergirme en su lectura.

Mamá no venía con nosotros, así que siempre cogíamos algún libro para ella. Sus lecturas aún me interesaban poco. Ese año, el de mis 9 o 10, firmaba en una de las casetas centrales Rosa Montero. Mi padre y yo nos detuvimos frente a ella, enfrascada en la firma de un ejemplar que me pareció fino. *La ridícula idea de no volver a verte*, se leía en la portada. Presidiendo, la imagen de una mujer saltando despreocupada. Me gustó aquella mujer. No la que saltaba. Aún no sabía quién era. Me gustó la mujer que firmaba su libro. Me miró a los ojos, y me preguntó si había oído hablar de Marie Curie. Le respondí que no. Que no sabía quién era esa señora.

Nos llevamos el libro. No para mí, que ya tenía mis cuatro. Para mi madre. Con los garabatos en la primera página de aquella mujer que me había preguntado si sabía quién era Madame Curie. Es curioso. La dedicatoria del libro está dirigida a Claudia. Claudia soy yo. No mi madre. Me he preguntado muchas veces si fue fruto de un despiste o si, como tiendo a sospechar, aquellas palabras trazadas rápidamente no eran tan inocentes. Hablaban de alas. Y de vuelos. Precisamente a mí. Que cuando tenía tres años salté desde lo alto de un banco porque estaba convencida de que podía volar.

Mi madre no era, por aquel entonces, una gran fan de la autora. Creo que ahora tampoco. Pero se leyó el libro. Sé que le gustó. Le gustó mucho. Ella sí había oído hablar de la mujer que había pasado a los anales de la Historia por ser la primera en hacerse con dos premios Nobel.

Transcurrió algo de tiempo hasta que el libro cayó en mis manos. Lo hizo, seguramente, por casualidad. Cuando ya conocía a la mujer que volaba en su portada. Adentrarme tímidamente entre sus páginas de “libro de mayores” y no poder abandonar la lectura, fue todo uno. Nunca he sido de releer historias. Y han pasado unos cuantos años desde aquella, así que recordar con exactitud de qué trataba el libro se me antoja misión imposible. Me parece que, al tiempo que narraba la historia de Madame Curie, la autora contaba también la suya. Incluía fragmentos del diario que la admiradora de Einstein comenzó a escribir a raíz de la muerte de su marido, Pierre Curie, al que amaba profundamente. Y equiparaba su dolor, el de una mujer que, antes que química y física, fue persona, al suyo propio. El dolor de una mujer que también había tenido que despedir a su marido prematuramente. Supongo que la analogía era posible porque el amor no entiende ni de ciencias ni de letras.

Lo de los premios lo sabe todo el mundo. Es lo anecdótico. Pero pocos saben lo que supuso llegar hasta allí. No hasta los premios, no. Primero, lo que supuso llegar hasta Francia. Porque Marie no se llamaba Marie, sino Maria Salomea, y no era francesa, sino polaca. Hija de

maestros, abandonó su hogar, renunciando a sus raíces, para poder llegar a la copa del árbol. Marie Curie quería estudiar. Y eso es lo que hizo.

Me fascinó profundamente su vida. Parecía una vida de película. Pero en ella, la decidida joven no se había conformado con ser una espectadora. Madame Curie había luchado siempre por ser la protagonista de su propia historia.

Cuando me acabé el libro, que era ciertamente fino, como me había parecido al recibirlo de las manos de su autora, me quedé con ganas de más. De saber más y de hacer más. Porque sí, yo leía mucho por aquel entonces. Todavía lo hago. Pero me fascinaban las matemáticas, que empezaba a conocer, y todas esas cosas que Marie Curie había investigado, y que yo desconocía por completo. Me gustaba todo porque había algo dentro de mí que me impulsaba a querer conocerlo todo. No. Por aquel entonces no hubo ningún intento de vuelo. Ya era demasiado mayor para ello. Pero no me había abandonado en absoluto la convicción de que, algún día, también yo podría desplegar mis alas.

Se acabó para mí la educación primaria. Así que dejé la mochila de ruedas y cambié de edificio. Del de los pequeños al de los mayores. De jugar a "*polis y cacos*" a tener mi primer móvil. Nunca me hizo mucha gracia ese trasto. Pero sí me fascinaba cómo podía funcionar. Bajé, también por primera vez, al laboratorio de ciencias. Y me sentí un poquito Curie. Claudia Curie. Una Claudia que había querido ser pintora y escritora. Pero también arquitecta y científica loca. La cocina y la música nunca fueron lo mío. Así que había muchos verdes, pero también algún rojo.

El año de tercero de la ESO, que fue el último en mi primer colegio, descubrí un par de canales de divulgación científica en esa plataforma que se había puesto tan de moda. *Youtube*, portal indispensable en la oferta lúdica del adolescente promedio de 14 años. Me acercaron a la ciencia aquellos *youtubers* tan poco al uso. Hablaban de gatos que estaban a la vez vivos y muertos. De partículas que atravesaban paredes. De cosas que yo apuntaba, frenéticamente, en decenas de cuadernos de espirales. Poco importaba que no terminara de entender todo aquello. Al fin y al cabo, llevaba toda mi vida haciéndome muchas preguntas.

Aquel curso me aburrí mucho en clase. Cuando mis compañeros llegaban a la mitad del problema, yo ya había encontrado la solución hacía un rato. Mis profesores me decían que esperara. Y entonces yo me hacía una nueva pregunta. ¿A qué debía esperar exactamente? Pero en ninguno de mis cuadernos era capaz de encontrar la respuesta. Así que me tocó esperar. Y, mientras tanto, jugaba al *tres en raya* con mi compañera de sitio. O memorizaba los primeros dígitos del número pi. Me gustaba cuando nos ponían algún examen. Así podía trabajar a mi ritmo, sin que nadie me exigiera que esperara al resto. Aquel año, además de aburrirme mucho, empecé a comportarme de una manera un poco insoportable. Yo, que había sido siempre tan modosita. Compaginaba mi creación de sudokus con una escucha muy atenta de lo que explicaban mis profesores. Al mínimo fallo, saltaba. Estaba tan enfadada, tan cansada de aburrirme tanto, y de tener que esperar siempre tanto, que, en cuanto tenía la más mínima oportunidad, les hacía saber que se habían equivocado. Chúpate esa. Ahora me río yo.

Aquello sólo duró hasta final de curso. Mis padres me cambiaron rápidamente de colegio. Entendieron que un avión grande no puede despegar en una pista pequeña. Así que empecé el último año de la secundaria en un colegio nuevo. Dicen que es difícil adaptarse a los cambios. Especialmente cuando son bruscos.

Aquel fue, sin duda alguna, un cambio brusco en mi vida. Un cambio no solo de ambiente, compañeros y profesores. Al final, eso fue lo de menos. Aquel fue un cambio brusco porque tuve que aprender, de golpe, todo lo que mis nuevos compañeros ya sabían. Todo lo que debería haber aprendido también yo los cursos anteriores, mientras mataba el tiempo haciendo sudokus. Recuerdo empezar a escuchar cosas de las que nunca había oído hablar. Y ya no eran cosas raras. No eran gatos vivos y muertos a la vez. Ni partículas atravesando paredes. Eran conocimientos básicos. Competencias mínimas.

Así que no me quedó más remedio que dejarme de tanto gato muerto, y empezar por el principio. Los tres primeros cursos de secundaria en apenas un trimestre. Entró en escena mi profesora de física y química durante aquel año. También durante los dos venideros.

Recuerdo la primera pregunta que me hizo, cuando yo era todavía la “recién llegada”.

- Gómez, ¿este boli, se está o no se está moviendo?

Le gustaba llamarnos por nuestro apellido. El mío, coincidencia, era también el suyo. Me dejó un poco descolocada su pregunta. Le respondí que dependía. Que el “boli”, en sí mismo, estaba quieto. Pero que como la Tierra se estaba moviendo, y el boli formaba parte de ella, podría decirse que sí, que el boli también estaba en movimiento.

Le gustó mi respuesta. Creo que le pareció original. Supongo que muchas de las afirmaciones científicas que ahora damos por evidentes, nacieron también de ideas originales.

Aquella pregunta fue el comienzo de un curso apasionante. Y de una figura, la suya, que llevaré conmigo siempre. Porque aquella mujer, que era plenamente consciente de todo lo que yo desconocía, jamás creyó que eso pudiera suponer un hándicap. Al contrario. Me animó a ponerme las pilas. A recuperar lo perdido. A confiar en mis posibilidades.

Mi profesora de Física y Química decía que yo, Gómez, tenía unos apuntes de psicópata. Que faltaba ponerles un código de barras, y podía venderlos en *El Corte Inglés*. Decía que esos libretos que llevaba bajo el brazo, acabarían por rematar mi locura. Aquel curso, alentada por mi profesor de Valores Éticos, me adentré en la literatura rusa. *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov* al tiempo que aprendía a calcular aceleraciones y formular compuestos inorgánicos.

Aquella mujer volvió a darme clase, ahora ya únicamente de Física, durante los dos cursos de Bachillerato. Fue una etapa de mucho trabajo. Siempre lo hay cuando el objetivo es grande. Para mí lo era. No sabía qué quería estudiar. Lo decidí al final. Pero sí sabía que quería cerrar aquella etapa, la escolar, haciendo lo que mejor se me da: dar mi máximo.

Me acuerdo de sus “pruebas sorpresa”. Del silencio momentáneo, interrumpido por un “Sacad una hoja”. Se paraba el mundo. Seguro que hasta el boli permanecía quieto. Me acuerdo de sus clases. De las ganas que tenía de que llegaran. De lo rápido que se pasaba el tiempo. De lo que disfrutaba. Yo, como alumna. Pero también ella, como profesora. Porque aquella mujer, que sabía tanto, que podría haber estado donde hubiera querido, estaba allí. Con nosotros. Intentando ayudarnos a entender el mundo. Haciéndonos ver la belleza detrás de tantos números y tantas letras. Enseñándonos mucha Física, pero también mucha vida. Para que, en el momento de abandonar sus lecciones, pudiéramos decidir por nosotros mismos hacia dónde encaminar nuestros pasos.

Aprendí mucho durante los tres últimos años de colegio, sí. De mi profesora de Física, pero también de todas las personas que me acompañaron en el proceso. Todas esas personas

que no me dijeron nunca que esperara. Que supieron dejarme aprender a mi ritmo. Recorrer la vida a mi ritmo.

El último día de clase, envié un correo a cada uno de mis profesores. Gómez pequeña escribió a Gómez grande que solo podía darle las gracias, que había sido la mejor profesora que había tenido nunca. Casi dos años después, pienso lo mismo. Que aquella mujer, que me decía que yo estaba un poco pirada, fue la mejor profesora que yo había tenido hasta el momento. Pero es que, transcurridos dos años, sigo pensando lo mismo. Quizá algún día le vuelva a escribir un correo. Pero, en esta ocasión, además de recordarle que es la mejor profesora que he tenido nunca, le diré algo más. Le diré que, si estoy aquí, es gracias a ella. A ella y a otras dos mujeres. Una de letras, que una vez me dedicó un libro. Y una de ciencias, que me fascinó cuando yo aún creía que podía volar. Porque es que ahora ya sé que verdaderamente puedo hacerlo.

*(2031 palabras)*

Premio Nacional de las Letras

**ROSA MONTERO**  
La ridícula idea  
de no volver a verte

